

OTRAS RAZONES

ELOGIO DEL ATENEO

Cuando en las románticas bóvedas del Ateneo madrileño, decoradas con enormes camafeos murales, alegóricos de ideas de justicia, belleza, verdad y sabiduría, centelleantes de diversos y fúlgidos colores, resuenan poderosas las voces de Antonio García-Trevijano, Agustín García Calvo, Joaquín Navarro, Gabriel Albiac, Gonzalo Puente Ojea, Rafael Sánchez Ferlosio, Luis María Anson, y de otros intelectuales de pensamiento fuerte y honesto, es porque este lugar, ciertamente, es el principal santuario de la ojigarza Atenea en España. Y a pesar de su soberbia biblioteca, en la que se ha abrevado buena parte de la intelectualidad española, la severa cultura de la diosa «glaukôpis» se compagina con mimallones, sátiros, bacantes, leneas, tíades, náyades, tútires y ninfas.

Pues bien, me dice mi amigo Joaquín Navarro que nuestro admirado conmillón de OTRAS RAZONES, Carlos París, se vuelve a presentar a la presidencia del Ateneo madrileño, que lleva ejerciendo con la mayor dignidad en los últimos años. Y parece que esta vez lo hará contra un contrincante nada escrupuloso en sus artimañas electorales, a pesar de su gran prestigio intelectual en el ámbito universitario. De nada le valdrán sus aliadas la calumnia, la infamia y la inmoralidad. En todo caso, parece impropio de un erasmista –y José Luis Abellán ha ensalzado en muy inteligentes páginas al autor del Elogio de la locura– tener el comportamiento que J. Sánchez Molina ha denunciado en este mismo periódico. Debería releer sus propias páginas. Estamos seguros que el profesor París volverá a vencer, pues su perfil de republicano austero y virtuoso, siempre fiel a sí mismo –eso que los clásicos griegos llamaban «agathê philautía» y que es condición necesaria para ser leal con los demás– encaja espléndidamente con la tradición ateneísta.

Me encanta la fe irreductible de Carlos París en los ideales humanistas, cuyo colofón sin duda ha sido la ética marxista, la más noble rama del humanismo cristiano. Pues es seguro que existen mayores vínculos intelectuales y éticos entre un portentoso humanista como Pío II (antes Eneas Silvio Piccolomini) y Carlos Marx –los dos admiraron a Epicuro–, que entre aquel gran Papa y el último Pontífice. La Iglesia creyó que se modernizaba cuando dejó de hablar en latín y de estudiar griego, cuando precisamente en las lenguas clásicas está consignado lo más digno de su aportación ética y, sobre todo, cultural al mundo –la más grande que ha existido en todos los tiempos–. Y son hoy los pensadores marxistas, como Carlos París y el inolvidable Manolo Sacristán, quienes sustituyen a los aquinates, salutati, moros y piccolomini de otros tiempos.

La coherencia política de Carlos París garantiza por completo la independencia política del Ateneo, no subordinado a ningún interés bastardo, y asegura su total compromiso por la cultura y la libertad. La producción filosófica de Carlos París (El animal cultural: biología y cultura en la realidad humana, Crítica de la civilización nuclear: tecnología y violencia, etcétera) nos revelan su largo esfuerzo ético por intentar defender la notas que



componen el concepto mínimo del «hombre» desde lo mejor (y más humano) del humanismo clásico frente a una civilización hipertecnologizada que sólo responde a unos intereses mezquinos que cosifican al hombre. Los impetu-

tosos intereses del capital voraz han convertido la sublime curiosidad del hombre sobre el mundo en un vicio sacrílego que animaliza al hombre.

Es verdad que el Ateneo tiene que estar con los nuevos tiempos, pero no entregarse por sistema a los tiempos, como no han parado de hacer nuestros proteos de la Transición, que ya les es imposible seguir el recuento de los innumerables colores de camisa que han lucido, con los que han trepado una y otra vez por las ramas más altas del poder. El Ateneo madrileño fue siempre republicano por respeto a su altar de la razón, y debe seguir siendo republicano después del próximo martes. De ello Carlos París es una buena garantía; a quien, como diría san Pablo, la ciencia no le causa hinchazón, y su honradez edifica. Se debería trabajar en purificar la vida de las instituciones con buenas costumbres.

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

DEL CASTILLO, DE CUENCA, DE RACIONERO...

Quienes escriben discursos al Rey. Y la corte de adláteres, poetas, críticos que a su alrededor pululan. Y su prepotencia. Y el plagio. Y la vergüenza que nos va cubriendo con su manto gris ceniza, instalán-



blotecarias. De Cuenca, Juaristi, Racionero, cargos políticos para plagiarios o... Y ellos, los profesionales, callan. Carrera, oposiciones, años de servicio, ideas, conocimiento, viejo Sancho imaginando

Insulas en las que nunca les dejarán gobernar. Ministerio de Cultura, Educación y Deportes. Tres en uno necesitan. Algo que rompa un producto tan contaminante como corrompido y corruptor.

Tiempos muertos. ¿Quién resucita a los necesarios Baudelaire, Rimbaud, o José Martí, Vallejo, Antonio Machado? La ética de los Savater tampoco quiere ir más allá de sus proyecciones y preocupaciones particulares. Y en última instancia uno escribe «vamos a menos» y se lava las manos sobre la gran farsa que sustenta nuestra cultura. Porque todos estamos encadenados a él, el dinero, el Gran Inquisidor de nuestros días, quien silencia o abotaga las conciencias. Cobardes, vencidos, lacayos, ¿dónde los escritores? ¿Cómo se ríen, desde las leyes, las reglas y campañas morales, los encendidos mea culpa de las buenas conciencias, los grandes traficantes de la droga, del tráfico de trabajadores-esclavos, de los niños o de las mujeres obligados, obligadas a prostituirse en el mundo entero! ¿Cómo se ríen de la cultura, o de la literatura, los grandes depredadores de la misma que en su nombre hablan.

No he hablado de plagios, de intertextualidades. Ni de Ferias del Libro al servicio siempre de los poderosos grupos de la edición. Ni de grandes premios Literarios, loterías que muchas veces se conceden a libros que ya se encuentran en imprenta antes de ser fallados o que se atribuyen a obras todavía no terminadas, todo vale con tal de exhibir un reclamo, un rostro conocido, un o una famosa, un político o una periodista influyente. Ni de críticos solaperos o críticos al servicio de los intereses de los grupos que controlan los grandes medios en que escriben. No. Es tan profundo el infierno en que nos movemos, en el que nadie se atreve a respirar para no ser a su vez condenado al ostracismo, al silencio, para borrarse de la gran feria literaria, que esas cosas me parecen nimiedades ante el caos o vacío en que naufragan las ideas, el pensamiento, la imaginación, en que lentamente van desapareciendo las culturas. Amiguismo, vaciedad. Trampas. Corrupción. Mientras se apagan los sueños, se cierran los diálogos. La literatura, que existe, se recluye, como tal vez haya siempre ocurrido, en esa bendita isla de silencio, lejos de Cortes, Grandes Almacenes, escenificaciones burdas y malsanas. Nunca se nos apareció el Ministerio tan autista como en los tiempos que vivimos.

Y al fin, quienes se quejan, nos quejamos, somos simplemente, palabras que emplean los definidores según sus conveniencias, frustrados o terroristas. Como no existe derecho de réplica, imponen, como en todo, su dogmático criterio, que por la sociedad es aceptado. A la mayor gloria de los tiempos en que se ha declarado proscrito el diálogo, cualquier, todo diálogo.

Andrés SOREL

PORQUE SÍ Y PORQUE ES ASÍ

VAMOS A MÁS

Dos bebés han muerto, en estos días, en España, tras ser arrojados por su madre desde el balcón. Definitivamente, el mundo no es ni noble, ni bello, ni bueno. Y, el corazón del hombre, siempre el mismo. Pues claro. Y, sin embargo, no todo es siempre de la misma manera, así sea, día tras día el mismo, el ladrar de los perros. Así avancemos sólo a trancas y barrancas, y no sin lágrimas, en esta patria común, que no tiene límites, que es la vida. Y, aunque nos muerdan las entrañas noticias como esta, conviene no rendirse, porque vamos a más. A más, y no a menos. Y, como prueba,

esta otra noticia, también de estos días: la acogida de bebés forasteros por parejas españolas se duplica. Cuatro mil criaturas, niñas y niños de China, de India, de países de la América hispana, encontraron, desde enero, un techo entre nosotros. Y, sobre todo, han vuelto padres a miles de españolas, de españoles. Son hijos queridos, que es lo que cuenta. Hijos del corazón, porque esa, y no otra, es la verdadera paternidad. El mejor legado.

Jesús FONSECA

